

## El último navegante del fin del mundo

Esa mañana el viento soplaba fuerte en Puerto Williams. Kai, un joven de 17 años, se levantó con la extraña sensación de que algo o alguien lo observaba desde el mar. Su madre, una mujer yagán que aún hablaba algunas palabras del idioma ancestral, le dijo:

—Kai, cuando el agua habla, no debes ignorarla.

—¿Cómo puede hablar el agua? —preguntó él, acostumbrado a las pantallas más que a las leyendas.

Pero esa misma noche, Kai soñó con un anciano vestido con pieles y cubierto de cenizas. Le ofrecía una canoa tallada. “Tú eres el último navegante, Kai. La memoria vive en ti”, le dijo. Cuando despertó, sintió que debía entender más sobre su gente, los yaganes, los antiguos canoeros del sur.

Los yaganes habían vivido por siglos entre canales, fiordos y glaciares. Se desplazaban en canoas que construían a mano, sobrevivían pescando, cazando lobos marinos y recolectando mariscos. A pesar del clima extremo, andaban casi desnudos, protegiéndose con grasa animal, sus pieles y fuego constante. “Somos el pueblo del fuego eterno”, le dijo su abuela una vez. Kai lo recordaba muy bien.

Una tarde, mientras remaba por el canal Beagle en una pequeña canoa de prueba que había construido con su tío, la neblina cayó de golpe. Kai no podía ver nada. El mar estaba silencioso, y de pronto, vio una figura entre la bruma: era el anciano del sueño. Estaba de pie sobre el agua, como si flotara.

El espíritu dijo: “La memoria se hunde si nadie la navega. Lleva nuestras voces donde aún no llegan”. Kai quedó mudo, no respondió.

De regreso en tierra, Kai decidió crear algo diferente. Usando sus habilidades digitales, creó una aplicación llamada “Yagán: Voces del Mar”, todo para hacer recuerdo sobre su antiguo pueblo ancestral.

Una noche, Kai se sentó frente al mar, sonrió mientras el fuego ardía frente a él, reflejándose en sus ojos como un eco antiguo. Entendió, entonces, que él también cargaba un fuego, no de leña ni cenizas, sino uno hecho de historias, lenguas y recuerdos. Un fuego invisible, pero vivo. Y mientras él lo mantuviera encendido, los yaganes seguirían navegando en el alma del mundo sin perderse jamás.

Sofía Isabella Vivanco Tobar